

recreo





Dune Ka guitn guel rtees lo du'u

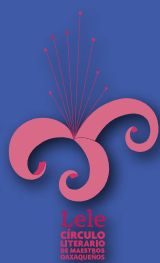
Fotografías:
© Archivo Fotográfico.
LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños

Diseño de portada e interiores:
Paola Álvarez Baldit

Comité Editorial:
Rigoberto González Nicolás
Daney Salazar Rueda
Elsie Rockwell Richmond
María Teresa Andruetto
Mercedes Calvo Astiazarán
Fidel Garrido Martínez
Blanca Imelda Castro Martínez
Heriberta Sandoval Amaro
Jorge Arturo Borja

Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela
es una publicación de LELE Círculo Literario
de Maestr@s Oaxaqueños.
Sus autores son profesores de educación básica
que comparten las historias de los personajes
y acontecimientos de la escuela.
Deseamos que los maestros lectores de Recreo...
sean también escritores de nuevas historias.
Recibiremos sus colaboraciones al correo:
lele.circuloliterario@gmail.com

ISBN: en trámite
Hecho en México



1. Presentación	7
2. Niños sin mochila Fidel Garrido	11
3. Japón Rigoberto González	23
4. Hambre de triunfo Jorge Arturo Borja	27
5. El día de mañana Heriberta Sandoval	35



“LO MEJOR DE LA ESCUELA ES EL RECREO”,

dice Judit, y pienso: ¿cuándo la vida me dará un recreo?

JAIME SABINES

Suena el timbre o la campana, entonces otra vida emerge en la escuela, es el anuncio del recreo esperado y todos nos damos el permiso de vivir otros tiempos, otros espacios, otras realidades más auténticas. Sin embargo, esa autenticidad es una realidad imaginada, una realidad alterna a la vida cotidiana de la escuela. El recreo convoca vidas y mundos posibles, inspira las transformaciones de la escuela, particularmente la de los alumnos; aquí el niño se despoja de su condición de alumno, nace una tregua que apacigua los afanes didácticos.

El silencio de las aulas se libera con el recreo esperado, entonces todo es algarabía, un río de voces infantiles inunda los patios de la escuela, la voz y el cuerpo se liberan; los niños deambulan, caminan, van a la deriva, alejados de la mirada del adulto. Algunos juegan los juegos del momento, otros comen mientras caminan y platican, hay quienes contemplan el paso de los demás. El maestro mientras tanto, retorna por un instante a su niñez, con la desenfadada risa de quienes gozan del recreo. Así, maestros y niños, abrazan a plenitud su infancia.

El recreo es también el encuentro con el otro, que se traduce casi siempre en nuevas amistades. Todos nos abandonamos a un tiempo para dejar de ser invisibles, a pesar de la multitud que habita el recreo.

Recreo. Revista digital de narrativas de la escuela, es una invitación a la visibilidad, para que las voces de los maestros se liberen como en el recreo. Para que juntos narremos la escuela desde la otra orilla, esa orilla de bordes muy finos que sólo los profesores sabemos tejer y comprender.

Queremos que los autores de Recreo. Revista digital de narrativas de la escuela, experimenten una escritura distintiva, para que juntos construyamos otros modos de narrar la escuela y los personajes que la habitan.



Recreo

Más allá de planes y planeaciones, programas de estudio, libros de texto, pases de lista, informes interminables... están las miradas que se entrecruzan, los balbuceos que nombran el mundo, el enamoramiento, el placer y el displacer que rodea al pensamiento y las emociones, los sueños, los afectos y todo cuanto sucede en el recreo.

En este Número Cero de Recreo..., los profesores-autores Heriberta Sandoval, Jorge Arturo Borja, Fidel Garrido y Rigoberto González, trazan algunos vínculos entre la realidad y la ficción. Sus personajes poseen vida propia que dan color y ritmo a los ambientes de la escuela. En este tiempo de pandemia, el relato del maestro Fidel Garrido, Niños sin mochila, nos trae consigo la nostalgia de las escuelas silenciadas en la vida cotidiana de Jalapa del Marqués, Tehuantepec. En Japón, del maestro Rigoberto González, la exuberancia del Jauja rural se asoma desde la ventana de un salón de clases,

mientras los niños chinantecos intentan descifrar la lengua extranjera de su maestro. El cuento del maestro Jorge Arturo Borja nos recuerda en Hambre de triunfo, que hay una deuda del pasado régimen neoporfirista con los jóvenes que aspiraban al magisterio y que entonces trazaban su futuro. Y finalmente, el futuro es materia de reflexión de la maestra Heriberta Sandoval y sus pequeños alumnos que han vivido una y otra vez el abandono y la exclusión en El día de mañana.

Queremos que estos cuatro relatos que ofrecemos a nuestros lectores en este primer número de Recreo..., germinen en nuevas narrativas salidas de la pluma de quienes hacen escuela todos los días. Recreo. Revista digital de narrativas de la escuela, comparte estas primeras semillas de las que estamos seguros, emergerá un jardín de amplios follajes que nos dará sombra, flores y frutos para compartir y engrandecer nuestro patrimonio magisterial.

Recreo... es una propuesta de LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños. La formación de comunidades docentes que documentan y escriben su experiencia literaria y de vida en la escuela pública, da sentido comunitario al acto de creación colectiva.



NIÑOS SIN MOCHILA

Aprender a leer y a escribir en tiempos de pandemia

Profr. Fidel Garrido Martínez¹
Jalapa del Marqués, Oaxaca²

SEMINARIO TALLER PERMANENTE DE LECTOESCRITURA
LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños³

Mi madre convaleciente se extrañó al ver que tres niños entraban al corredor de la casa con cuaderno y lápiz en mano; mientras, yo me preguntaba una y otra vez por qué el director había decidido que yo fuera maestro de primer grado.

Apenas unos días antes, me resistí a participar en una reunión escolar; argumenté que vivíamos tiempos de pandemia y además me preocupaba poner en riesgo la salud de mi madre.

¹ **Profr. Fidel Garrido Martínez** (1975). Nació en la comunidad de Santa María Jalapa del Marqués, Tehuantepec, Oaxaca. Egresado de la Escuela Normal Urbana Federal del Istmo. Tras 24 años de experiencia profesional en diversas comunidades rurales de Oaxaca, actualmente labora en la *Escuela Primaria Miguel Hidalgo* con niños de primer grado. Ha publicado *La mirada que guarda mi memoria. De mi paso en la escuela de la montaña*. Revista *Entre Maestr@s*, Universidad Pedagógica Nacional, 2012. *El olor de la injusticia en Escribir para resistir. XXII relatos de maestras y maestros Oaxaqueños*, LELE Ediciones, Oaxaca, 2014.

² **Jalapa del Marqués** es un pueblo pintoresco del Istmo de Tehuantepec, Oaxaca. Hace sesenta años se construyó una presa en el lugar donde se encontraba originalmente el pueblo; esto obligó a sus pobladores a abandonar sus tierras, su templo dominico del siglo XVI y hasta sus muertos para iniciar una nueva travesía y poblar lo que ahora es el Jalapa Nuevo. El agua de la presa Benito Juárez alimenta a la población con la pesca y comercialización de mojarra y da vida a los sembradíos de otros pueblos cercanos. En la época de la migración (1961) Jalapa del Marqués cargó con sus costumbres, tradiciones y la alegría de sus fiestas.

³ **El Seminario Taller Permanente de Lectoescritura** es una iniciativa independiente de formación de profesores del Estado de Oaxaca. En el Seminario Taller participan profesores que hacen de la amistad y el deseo de compartir su experiencia escolar, un modo de vida. LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños, ha logrado articular la participación de profesores de otros estados de nuestro país, así como del colectivo *Construyendo la Otra Educación*, de Tuxtepec, Oaxaca. Gracias a las plataformas digitales, desde agosto de 2020, hemos podido dialogar entre pares y con hacedores de la cultura escrita en el ámbito escolar, de México y América Latina.

Creo que mi ausencia en la junta tuvo sus consecuencias. Por la tarde, el director me comunicó que me había asignado el primer grado de nuestra Escuela Primaria “Miguel Hidalgo”; lo primero que pensé fue que era una locura en estos tiempos de pandemia, pero no hice comentarios.

Aprender a leer y escribir es casi un milagro que se entreteje cara a cara con los niños, con las letras, los libros y la fantasía que se encuentra dispersa en los cuentos, pero sobre todo con los vínculos afectivos que se construyen cada día. Ahora, ¿cómo podría ayudar a concretar ese milagro a distancia?

Para cerrar el trato, el director argumentó que yo estaba familiarizado con la tecnología y eso facilitaría el trabajo en línea con los niños. Desde aquel instante, fue imposible dejar de pensar en lo que se vendría. El haber trabajado con niños de sexto grado en los últimos cuatro ciclos escolares me ponía en doble o triple desventaja; además, la última vez que atendí primero, había sido en los tiempos de “Paco el Chato”.

Ante la mirada intrigada de mi madre, esa mañana de septiembre, me dispuse a aplicar los dictados para conocer las escrituras de los niños. Sé bien que ella estaba ansiosa por hacer mil preguntas, pero se conformó con no perder de vista el más mínimo detalle de aquel ritual novedoso.

Los niños esperaron a que sus padres fueran por ellos a mi casa, mientras tanto se entretuvieron en acariciar al gato que tomaba el fresco en el corredor. Mi madre aprovechó para preguntar sus nombres y quiénes eran sus papás.

Tan pronto los niños se fueron a sus casas, me senté a la mesa con mi madre; desayunamos y hablamos de educación. No puedo negar que una mujer que ha educado a once hijos y a uno que otro de sus nietos, tiene garantizada la voz para hablar del tema.

Le pregunté por qué empleó el miedo para educarnos; que si no obedecíamos, en la noche vendría la mujer nahual por nosotros; que si no queríamos ir a la escuela nos llevaría la policía; en fin, platicamos de su ingenio para mantenernos quietos y obedientes por algún tiempo. Ella hubiera sido una buena maestra, es extraordinaria para fabricar historias con sucesos simples. Le dije que a veces en la escuela también se usa al miedo para controlar a los niños.



Últimamente la mirada de mi madre destella una gran nostalgia; me he dado cuenta del paso del tiempo en su rostro. A ella le encanta asomarse al pasado, a veces pienso que ahí se siente más cómoda. Le digo que nunca es tarde para aprender a leer, ella sólo sonríe, y se excusa en su vista cansada. Tal vez su idea de aprendizaje es más amplia que la mía, por eso creo que se resiste. Le propuse que se integrara al grupo de mis chamaquitos, pero ella respondió que ya habían pasado sus tiempos.

Terminamos hablando sobre la importancia del “Primer día de clases”, sobre todo con niños de primer grado. Le dije que me inquietaba por qué muchos maestros de primero compartíamos la desesperación por enseñar, antes que nada, las vocales. Ella se animó a contarme de sus días de escuela, sólo asistió una semana, la abuela ya no quiso que fuera porque había mucho trabajo en casa; me dijo que, en esos días, su maestra también le enseñó las vocales.

La plática con mi madre me hizo pensar en cómo había sido el primer día de clases para los niños y maestros de tantas escuelas. Había escuchado que, en la noche previa al inicio del ciclo escolar, los maestros de primero no duermen por la preocupación de cómo enseñarán la letra “a” de abeja; que en la madrugada entran en periodos de ansiedad pensando en si les dará el tiempo para empezar de una vez con la letra “e” de elote, o si en vez de elote mejor que sea la “e” de elefante. Este dilema no será mi caso, aunque lo del desvelo, puedo estar casi seguro.

Y así, con tantas preocupaciones, al día siguiente, inicié la aventura con mis niños, yo sin portafolios, ellos sin mochila; unos con las ilusiones volcadas a la pantalla de una computadora o teléfono celular, y otros, con la desesperanza por no contar con esos recursos.

En la semana previa ya había aplicado a seis niños los instrumentos de evaluación a través de videollamadas por WhatsApp, y el día anterior que fueron a casa los otros tres, aproveché para que escribieran los dictados en las fotocopias que había preparado.

Los niños y yo nos conocimos a través de videos, en el que cada uno se presentó ante sus compañeros; los papás los compartieron en el grupo de WhatsApp. En los videos pude reconocer algunas características de los niños, sus contextos y quizá las posibilidades de acompañamiento que recibirían de sus padres.

El Primer día de clases en nuestra aula virtual de Google Meet no fue muy alentador. Sentí que había perdido la magia que todo primer día de clases posee. Nos enfrentamos a dificultades para ingresar, algunas fallas en la red de internet y, por si fuera poco, lidiamos con la desesperación de las mamás.

Ya avanzada la sesión cantamos “El botón de Martín”. Los niños se aprendieron la canción y algunos se animaron a cantar solos. Al final nos despedimos con la promesa de otros cantos, cuentos y letras de diferentes colores para la siguiente sesión.

Los pasillos de las escuelas son espacios en los que se entretienen las historias de los maestros y circulan por los rincones, ahí se comparten conocimientos y estrategias, se alienta a los compañeros y se borda la práctica pedagógica. Cuando las cosas no salen como lo tenías pensado, el alma se fatiga y parece que durará para siempre. Pero están los pasillos, y en ellos seguramente te encuentras a algún colega dispuesto a aconsejar. En este primer día de clases no hubo pasillos, ni colegas para conversar.

Al paso de los días los niños se van adaptando con rapidez a las clases en línea. Me he dado cuenta que disfrutan las lecturas que se proyectan, también les gusta ver los videos y se han acostumbrado a buscar imágenes de animales para acompañar nuestros textos. Realmente me sorprenden. Me agrada que pregunten, que les guste participar y se sientan en libertad.

Hay días que en mi mente se aparece el escenario de la escuela de siempre, de letras y dibujos coloridos en todas las paredes, de pupitres perfectamente alineados, listas de asistencia por las mañanas, y esa obsesión por mantener limpios los salones.

Esta sala virtual me permitió conocer el espacio que ocupa Scarleth durante la clase; tiene al fondo una enramada de pencas de palmeras de coco, muy cerca arde un fogón donde regularmente se escucha a Doña Rosa aferrada a su metate para redondear las tortillas antes de echarlas al comal. Doña Rosa se las ingenia para atender sus quehaceres y estar atenta a los dictados de su nieta.

De vez en cuando debo silenciar a Mariel, de otra forma los gallos no nos dejarían avanzar. Alguna vez Mariel nos contó que su papá cría gallos de pelea, y regularmente, cuando a alguno se le ocurre cantar, le siguen los demás.

Eimy ingresa a la sala muy a tiempo, siempre acompañada de su mamá que presume sus últimos meses de embarazo. A Eimy le gusta quedarse en la sala al terminar la sesión; me cuenta de sus juguetes y a veces hemos platicado sobre sus abuelos.



En los primeros meses ingresábamos a la sala virtual tres días de la semana; además se enviaban algunos archivos al grupo de WhatsApp con actividades de español y matemáticas para imprimir; después de un tiempo, comenzamos a usar los libros de texto y aumentamos un día más de sesión.

A unas semanas de haber iniciado las clases virtuales, una mañana llegó a casa un señor preguntando por mí; sujetaba una bolsa de tela con la insignia de un partido político; al parecer dentro de la bolsa traía dos cuadernos. Le acompañaba una niña; sus ojos temerosos no me quitaban la vista de encima mientras se mantenía asida al pantalón del papá.

Ella era Milagros, quería integrarse al grupo; venía dispuesta a quedarse a estudiar o al menos llevarse algunas tareas si era necesario. Después que recibí sus documentos, le entregué algunas fotocopias de actividades que ya habíamos realizado con los niños del grupo. Milagros se marchó sujetando la mano de su padre quien le hacía algunas recomendaciones sobre las tareas.

OKUS

A veces los adultos pensamos que los niños no tienen problemas; sin embargo, en Milagros me encontré con su mirada triste y de inmediato me di cuenta que a ella se le escapaba la energía de niña a través de sus ojos. Menos mal que ella ha llegado a la escuela o al intento de escuela. Durante las sesiones, los niños han aprendido a silenciar los audios, a ampliar sus pantallas para leer las lecciones, a tomar los tiempos para la participación y saben bien que los lunes contamos historias y leemos cuentos.

Jerald es diestro en la plataforma, casi siempre ingresa sin ayuda, es veloz en sus actividades y algo impaciente con las esperas, es de los estudiantes que jamás se queda con dudas; alguna vez escuché que lo regañaba el papá porque apagó la cámara y se puso a jugar en la computadora.

Noviembre nos privó de sus vientos frescos, esos que entorpecen la marcha de los grupos de niños cuando trepan las lomas cercanas a nuestra escuela. Se nos escaparon esas nubes rojizas que se maquillan con la luz del sol de la mañana. Seguimos en casa, sin gozar del olor del cempasúchil, los concursos de altares y el pan y el chocolate del día de muertos con los compañeros de escuela.

Alex fue el último en integrarse al grupo, él vive en Poza Rica, Veracruz, sus papás decidieron ingresarlo de "oyente" aprovechando las bondades de las clases a distancia. Alex es un niño con una capacidad de memoria extraordinaria; en ocasiones le cuesta mantener atención por tiempos prolongados a una sola actividad; si por él fuera, podríamos pasar la sesión hablando de animales o leyendo cuentos. El día que leímos el cuento "El ladrón de gallinas", le dio un ataque de risa por las desventuras de los singulares personajes.

Cierto día, Alex invitó a sus compañeros a Poza Rica; prometió llevarlos a un río cercano al lugar donde vive y a conocer la ciudad. Alex libra sus batallas con el lenguaje. Él ha sido diagnosticado con el síndrome de asperger. Me han contado sus papás que hay días en que Alex sólo cuenta los minutos para ingresar a la sesión.

A finales de noviembre los primeros niños comenzaron a leer pequeñas frases; los demás que están en la transición de sus descubrimientos de las letras y sus sonidos, escuchan y se motivan al escuchar a sus compañeros.

Todos hacen el esfuerzo. A veces lidiamos con el ruido del camión del gas y los micrófonos activados de las mamás cuando pierden los estribos.

Regularmente abro nuestra sala diez minutos antes de la hora convenida; se ha vuelto costumbre tomar ligeras charlas con quien ingrese primero; me ha servido para irnos conociendo. Eimy, Mariel y Ricardo son los que están pendientes desde temprano.

Esta pandemia me ha hecho extrañar las paredes de las aulas; hacen tanta falta esos espacios silenciosos que atesoran un sinfín de historias. Ahora entiendo por qué se dice que en las noches las paredes de los salones recitan las lecciones y hablan con los niños.

Los días pasan distanciados, nos contagiamos de desesperación y a veces de pánico. Las muertes por el virus nos alejan de la escuela, y ella se deteriora lentamente porque no hay niños que rayen sus paredes, pelotas que vuelen por los patios y rompan los cristales, ni maestros que amaguen a los rebeldes con llevarlos a la dirección, ni el grito de los niños que anuncian el regreso a casa.

Diciembre llegó con muchas inquietudes de los niños, ahora les dio por presentarnos a sus mascotas. Eimy llevó a Tomasa, una tortuga que rescató su papá a media carretera. También conocimos a los conejos de Mariel; no pudimos ver a sus gallos porque son bravos y la podían picotear.

Ricardo tiene perros, un loro y varios periquitos australianos; una vez nos contó que tenía un ornitorrinco, dijo que vivía en el jardín; siempre quisimos conocerlo, pero Ricardo argumentaba que dormía entre los árboles, hasta que un buen día nos dijo que su ornitorrinco había muerto.

Mis niños se han acostumbrado a las promesas, he hecho tantas para el regreso a clases presenciales, que no estoy seguro que las pueda cumplir. Antes de irnos de vacaciones de diciembre preferí dar regalos, abrazos y una buena porción de pastel con su respectiva bolsa de dulces; todo de manera virtual, haciendo caso a las recomendaciones del distanciamiento social.

Enero nos alcanzó con nuevas alegrías e incertidumbres. Algunos niños se han alejado de las sesiones en línea, y las veces que logran ingresar, se les nota timidez. Sus historias son distintas, y se escabullen entre las ramas de los árboles buscando a alguien que se ocupe de ellas, pero hacemos caso omiso y preferimos mantenernos inmóviles.

Me enteré que Milagros acompaña a su papá al trabajo; a veces a los sembradíos y otras va con él a la pesca, el señor no tiene con quien dejar a la niña y se ve obligado a llevarla. Ellos viven solos desde que Milagros tenía dos años, porque la mamá falleció.

Cuando se van de pesca en las tardecitas, Milagros lleva sus cuadernos en su bolso de tela, con la esperanza de escribir en la lancha la lección “Jacinta la jirafa”, mientras su papá atrapa los peces en la presa y la luz de la luna y las estrellas le permiten mirar las líneas de su cuaderno de rayas.

Los días avanzan convalecientes y el regreso a las aulas sigue alejándose. Cada vez más niños apuran su proceso de aprendizaje de la lectura y escritura, les da gusto leer los textos que proyecta en la pantalla.

De vez en cuando, Milagros nos acompaña desde el teléfono de su madrina. Ella le ayuda con algunas tareas y anima a que participe y lea como lo hacen sus compañeros, pero milagros se limita a escuchar y no nos permite escucharla.

La pandemia también trajo consigo nuevas tareas para las mamás; ahora la pedagogía les otorgó un papel más activo en el aprendizaje de sus hijos. Ellas están atentas desde que iniciamos la sesión, ayudan a los niños con las páginas de los libros, intervienen en la escritura de los dictados, sugieren, borran letras torcidas del cuaderno y les dan a sus hijos la seguridad al estar a su lado.

Las mamás son afortunadas, cada día forman parte de la intimidad del proceso educativo; en cada sesión logran apreciar la evolución de los niños. A estas alturas del ciclo escolar, ya les tocó sonrojarse con el cuento “Las princesas también se echan pedos”; ayudan a sus hijos a encontrar



palabras, a veces les soplan las respuestas, cantan “La gallina turuleca”, graban los videos y envían fotos de las tareas. alguna de ellas me dijo alguna vez que está aprendiendo más que su niño.

La alegría de algunas mamás contrasta con los apuros a los que se enfrentan las demás. Y me conmueven las disculpas de la mamá de Vanessa que no puede conectarse porque trabaja por las mañanas y ahí no hay internet; y noto el esfuerzo de Don Aarón por estar atento a la sesión con Aldrid, al tiempo que ayuda a su otro niño de segundo grado. Pienso en Jefferson que si no está su mamá cerca prefiere desconectarse; en Aquetzally que no ingresa a las sesiones ni entrega tareas; y por supuesto, también en Milagros.

A los niños les agrada recibir visitas. alguna vez platicaron con el director; le mostraron sus avances en la lectura y enseñaron algunos trucos para activar su micrófono al momento de hablar. Él les platicó alguna historia y finalizó con recomendaciones del buen comportamiento y la importancia de estudiar. El director se fue sorprendido por el desarrollo de los niños; en el rato que estuvo con nosotros, le llovieron las preguntas.

Hace poco nos visitó la maestra Diana, fue toda una fiesta; los niños le contaron de sus mascotas y los cuentos que hemos leído. Ella les leyó el cuento ¡Me comería un niño! Estuvo tan divertido que no la dejaron ir hasta que prometió volver en otra ocasión.

¿Qué tan pronto?

Ya hace casi un año que nos despedimos de la escuela con la promesa de un pronto regreso. La escuela enmudeció con sus jardines revestidos de la tierra colorada característica del Barrio Juárez.

De a poco, Jalapa del Marqués ha ido transitando la angustia que provocan las calles vacías; las necesidades han obligado a los comerciantes al regreso a la vida del mercado y a los pescadores a las aguas de la presa. Se han ido los vientos de febrero, y pronto vendrán los calores de abril y mayo con nuevos brillos en el horizonte.

Mis niños sin mochila aún no conocen su escuela y se han adaptado a una pantalla líquida que había sido poco pensado para chiquillos de primer grado. Hoy sigue cerrada la biblioteca de la escuela, pero se han abierto un sinnúmero de bibliotecas virtuales para explorar desde casa.

Me he acostumbrado ver a mis pequeños alumnos por la pantalla, con sus playeras de superhéroes y blusas de princesas; los veo apurar el vaso de leche para atender mis instrucciones, y he sentido la ternura de sus mamás al acomodarles el cabello y atar las coletas de sus niñas.

Cuando inicié esta tarea con los niños, me llegaron de golpe un remolino de incertidumbres, pues los estragos de la pandemia exigieron explorar un terreno poco conocido. Ahora me llena de júbilo haberlo hecho juntos; saltar al vacío sin nuestras mochilas, ha sido una gran aventura.

La espera es eterna, he recreado tantas veces la escena donde mis alumnos con sus uniformes de color azul y gris cruzan el pórtico de la escuela, arqueados por el peso de sus mochilas repletas de libros e ilusiones; desde hace mucho estoy a la espera para verlos leer las historias escritas con letras coloridas en las paredes del salón y ayudarles a buscar el lápiz o el borrador extraviado para evitar los regaños de mamá al llegar a casa.

A un año de pandemia, la escuela no puede permanecer en silencio, es necesario continuar la aventura para tratar de acercarnos a nuestras utopías. Mientras la historia aún no termine, la escuela debe abrir ventanas a la esperanza, y quizá logremos ver en las calles, a los grupos de niños con mochila a la espalda, perseguir a las mariposas de colores que beben el agua de los charcos, de esa lluvia arrebatada que seguramente traerá junio y julio.



¡DÓNDE ESTÁ JAPÓN!

Rigoberto González Nicolás¹

... ¡Dónde está Japón! La frase retumba en el aula que a esa hora de la mañana ya olía a sudores infantiles. ¡Japón! El eco de la frase va y viene, desgarrando el silencio y se estrella en los oídos de los niños que intentan descifrar la lengua del maestro; sus palabras atraviesan el patio donde los rayos de sol descansan y su luz se proyecta hasta las ramas de los árboles, espantando a los enlutados y estridentes pichos² que devoraban castañas y mangos tiernos.

Santos Librado, como queriendo anidar en los pensamientos de sus compañeros, los mira de reojo. Sus pies descalzos se frotan una y otra vez contra el suelo áspero del salón de clases; entre sus dedos se asoman las costras de las batallas contra los sabañones³ contagiados en los charcos con guarasapos. El encanto de Santos Librado por las palabras que se desgranaban a gran velocidad en la boca del maestro es tan breve como el destello de las luciérnagas. La ilusión se quiebra como hace el viento con la milpa, como hace el machete con las ramas del cocuite.

¡Dónde está Japón! Santos Librado libera su diminuto cuerpo sobre el ladrillo en el que está sentado y que amenaza con romperse, mientras mira el pedacito de cielo desde la ventana; está seguro que hoy lloverá, lo lee en las líneas de un texto húmedo que descifra entre las palmeras del

¹ **Profr. Rigoberto González Nicolás.** Maestro de educación primaria, docente investigador de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) Ajusco, CdMx. En 1994 participa de la creación del Proyecto de intervención: La lengua escrita, la alfabetización y el fomento de la lectura en educación básica (PILEC). En su formación como profesor de educación primaria y antropólogo social de la educación, confluyen la literatura, los docentes de educación básica y los niños como materia de trabajo, de investigación y de transformación. Al lado de profesores del estado de Oaxaca, ha fundado LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños (2010), un colectivo que desde la literatura documenta y difunde la memoria del patrimonio docente.

² Cuervos

³ Hongos

patio de Tacho. Ahora mira la tierra. Traza con sus pies desnudos el sonido aletargado de las chicharras, sabe que ellas cantan de gusto porque han descubierto la muerte con la luz del día.

A lo lejos se oyen los cascos de los caballos que vagabundean bajo las matas de plátano. Las pisadas, los resoplidos, la silla de montar, los herrajes, el zacate, las crines, y hasta el trote, se instalan en la memoria de Santos Librado.

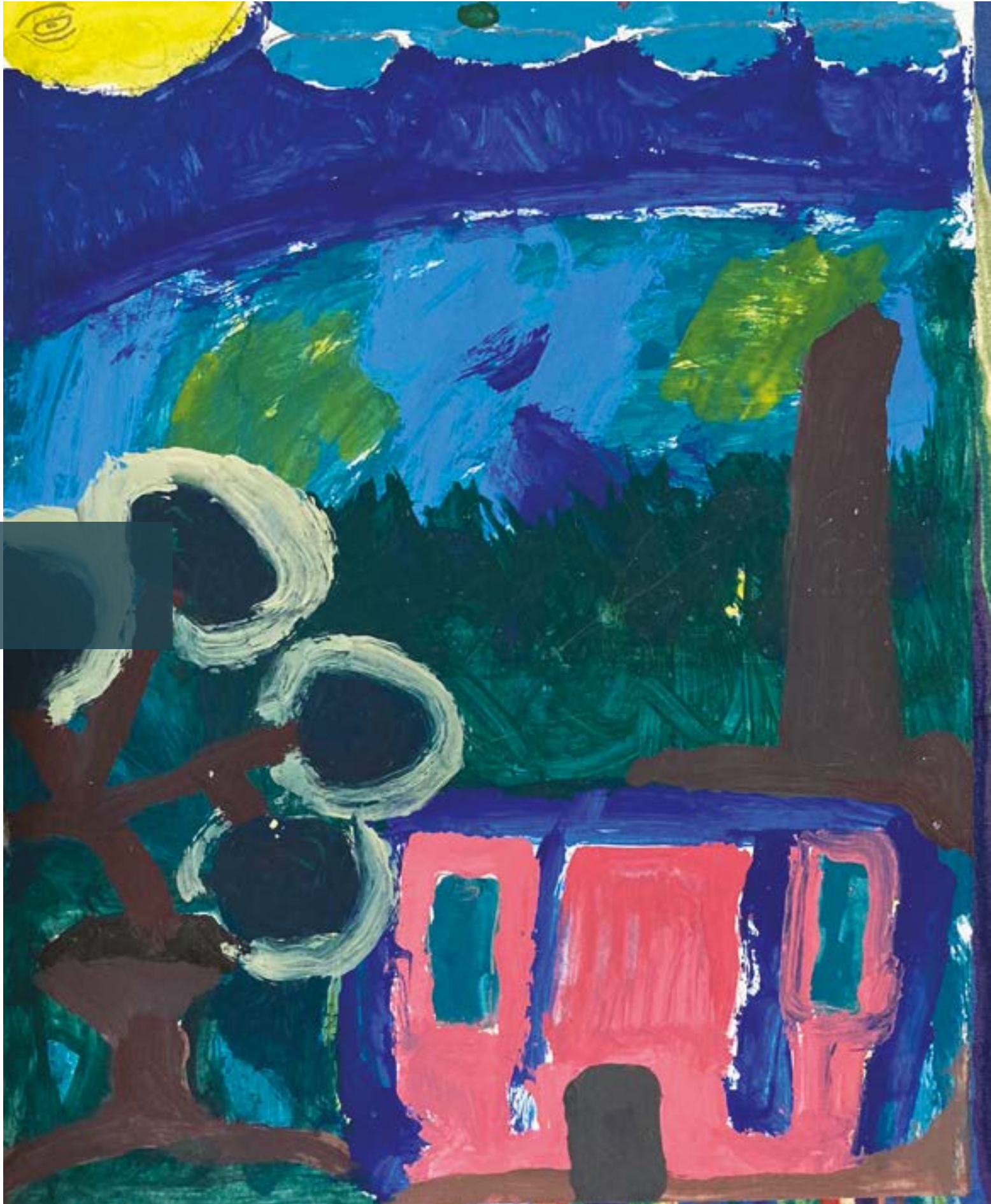
¡Dónde está Japón! Los ojos de Rafita iluminan el salón. Rafita quiere hablar como el maestro, caminar como el maestro, vestir como el maestro, pero no quiere gritar como el maestro. Rafita tiene tele y sabe que hay un Japón por ahí, que no se parece a su casa de techo de palma ni a sus noches con cocuyos. ¿A quién le interesa su pueblito chinanteco? En cambio "Japón" suena a ciudad, a carros, a tiendas, a gente de razón como su maestro.

¡Dónde está Japón! Las palabras arañan la piel morena de los niños. Sus miradas reflejan el agua del río Santo Domingo, el canto de los pájaros, el cielo estrellado, la milpa que jilotea, los perros hambrientos... ¿Qué es Japón?

Japón no suena a Chinanteco.

La tarde despliega su carga de plomo sobre Vistahermosa-Jauja.

Cae la lluvia.





HAMBRE DE TRIUNFO

Profr. Jorge Arturo Borja¹

Observas la foto del golfista congelado en pleno *swing*. Tus ojos se detienen a leer la placa: “Jack Nicklaus, máximo ganador de torneos *majors* en la historia, y diseñador de este campo de 18 hoyos.” Un hombre robusto, de ojos azules y cabello dorado. Piensas que tienen tantas cosas en común: lo estético de sus movimientos, la actitud decidida, el hambre de triunfo en la mirada. ¿Por qué nadie lo habrá notado? Se lo vas a comentar al jefe de deportes del canal de las estrellas para que lo mencione en el torneo de Acapulco. «Fíjate, Javier, a Jack le decían el *Golden Bear* de Ohio, y a mí el *Golden Boy* de Atlacomulco.»

De no haberte dedicado a la política seguramente habrías triunfado en los deportes, en el fútbol, en el tenis, y ¿por qué no?, en el golf. Lo tuyo no era el sacerdocio, como tus padres creían cuando de niño jugabas a officiar misa. De haber sido cura ya tendrías varios hijos que te dirían tío. No es culpa tuya. Ellas te buscan y tú estás acostumbrado a firmarles y a cumplirles, siempre a cumplirles. Parte de la resurrección del partido se basó en la imagen *light* y juvenil, en la sencillez y simpatía, en la espléndida sonrisa repetida millones de veces en tu propaganda. No estás prieto ni canoso como tus opositores, y siempre hablas de las bondades del futuro y no de la nostalgia del pasado. Por eso concentras multitudes que en todas partes te piden fotos y favores. Aunque no lo reconozcas públi-

¹ Jorge Arturo Borja López (Ciudad de México, 1962). Ha publicado la *plaquette* “¿Para qué te voy a mentir?” (Ediciones Palo Alto, 2005), el libro de cuentos *Campos de Batalla* (Eterno Femenino Ediciones, 2012), el libro de crónicas *De El Azteca a Madero* (Eterno Femenino Ediciones, 2014) y la crónica colectiva *Normalistas de la Montaña* (Vodevil Ediciones, 2016). Ha coordinado las antologías *Que el tiempo lo decida* (Colectivo Entrópico, 2007), *Sangre Enamorada* (Eterno Femenino Ediciones, 2013), *Los 43* (Los Bastardos de la Uva, 2015), *Piedras Heridas* (Porrúa, 2017) y *Magisterio Rebelde* (Taller de creación literaria, 2018). Actualmente coordina el taller literario “Eusebio Ruvalcaba” de Tlalpan y publica la columna mensual “Elogio de las Cantinas” en *Play Boy México*.



camente, te encantan las porras de mujeres desgañitándose: “Quique, bombón, te quiero en mi colchón”. ¿Te imaginas si tuvieras que darle gusto a todas? Sin duda tendrías más hijos que Pedro Infante.

–Señor presidente, está listo su carro– te saca de tus cavilaciones el escolta del Estado Mayor.

–¿Y los gritones que estaban a la entrada del pueblo?– preguntas; esa clase de gente hace que se te revuelva el estómago.

–Ya los neutralizamos, no se preocupe, tenemos vigilado todo el campo, puede jugar sin problema–.

Atraviesas con paso majestuoso el pasillo de la Casa Club. Te miras de reojo, reflejado en los espejos del salón. Llevas la playera ultra polo blanca, los pantalones beige con la raya perfectamente delineada, el guante de cabrito neonato en la zurda, los zapatos bicolores y por dentro los calcetines perfectamente puestos, también llevas la gorra que te regaló el líder de los sindicalistas con tus iniciales en letras plateadas. Resplandeciente e inmaculado como un santo. Si te viera tu madre. Te preguntas si no habrá alguien que guarde tu foto en un altar. Dicen que a “Tata Lázaro”, los indios

Quixote

lo veneraban, y hasta ponían veladoras junto a su retrato. Y eso que estaba trompudo y orejón. A lo mejor les recordaba alguno de sus ídolos prehispánicos. ¿A ti quién te pondrá veladoras?, ¿las mujeres a quienes les has hecho “el favor” sin siquiera despeinarte?, ¿los compañeros del partido que esperan hueso?, ¿o tu compadre Juan Armando a quien ya se le han materializado milagros millonarios en sus contratos?

–Si me permite, yo conduzco– ofrece solícito y sonriente, el empresario calvo y entrado en carnes, que viene derritiéndose en sudor.

–No hace falta, mi amigo, este vehículo ya me conoce, por eso lo mandé traer desde México– contestas con una sonrisa cientos de veces ensayada mientras el empresario se limpia la frente con un pañuelo, –pero si no le asusta la velocidad, puede acompañarme de copiloto– el empresario que viene hervido en su propio caldo festeja tu chiste con una risa forzada.

Le recomendarías un trasplante de pelo, tratamiento con dentista y hasta dieta y gimnasio, pero ya sabes que en este país, incluso la gente de clase, prefiere tener figura de chicharronero que hacer un sacrificio en sus hábitos. Para cambiar al país primero se necesita cambiar de mentalidad. Y los tipos como el que viene a tu lado están muy lejos de los empresarios europeos y gringos que te gusta tratar. Sabes que para llegar al top hay que mantener un estilo natural; “naturalito”, como te decía el asesor de imagen para que te relajaras ante las cámaras. No como el tío Arturo que siempre lucía más falso que una moneda de tres pesos. Hasta su dentadura parecía postiza. Y en sus desplantes y borracheras mostraba el cobre de la peor manera. Se ufana de conseguir cualquier vieja “cueste lo que cueste”. Por eso acabó casado con la francesita que le salió más cara que la Reina de Saba, y eso que cuando era scort, su hijo se la andaba culeando gratis.

Te gusta el ronroneo de tu carrito de golf. Te recuerda cuando de niño perseguías y atropellabas a los mozos de la casa con tu cuatrimoto. Un día el muy ladino de Jacinto le bajaba el aire a las llantas de la moto pensando que tú no lo veías, pero lo sorprendiste *in fraganti*. Te pusiste a llorar y de inmediato vino tu mamá a regañarlo. ¿Cómo pudo atreverse a dañar el juguete del “rey de la casa”? Esa misma tarde le dieron su liquidación. Te gustaría platicarle eso a tu copiloto, pero sabes que a los empresarios sólo les gusta hablar de negocios.

–El principal interés de nuestro corporativo es fomentar el desarrollo de la región creando mil quinientos empleos directos–...

–Los puede apoyar el programa de minería– dices con tono monacorde.

–Estamos en el programa, señor presidente, llevamos mucho invertido en Tamarindos– «¿entonces qué buscan?», te preguntas, –pero hay unos ejidatarios muertos de hambre que no quieren vender sus tierras– responde incómodo, y luego añade para justificarse, –nos piden el oro y el moro. Están soliviantados por unos maestrillos revoltosos y asesorados por una organización de jipis–.

–Ustedes cuentan con las nuevas leyes, mi amigo, para eso las cambiamos–.

–Tenemos un pool de abogados resolviendo el problema, pero parece que ya se nos trabó el asunto...– y de pronto se te insinúa, –claro, a menos que la voluntad presidencial nos ayude a destrabarlo.

Aceleras y guardas silencio. Encabezas la caravana de carritos de golf. Atrás, en otros vehículos, viene el obispo de Mérida y el embajador gringo, después el coordinador del Senado y un ministro de la Suprema Corte, y por último el comandante de la séptima región militar, acompañado del director del Banco del Sureste. «¿Quién podría trabar la marcha de la historia?», piensas mientras vas rodeando la fuente de mármol rosa, en donde un viejo de barbas sentado en su trono de nubes blancas sostiene un rayo dorado, y luego te enfilas por un caminito de palmeras mecidas por la brisa.

–Todo tiene arreglo, mi amigo. Como dice el dicho “En el pedir está el dar”– y piensas en una casita con su propia playa nudista para darte tus escapadas cuando Angie se vaya a Miami.

Al mediodía el sol cae a plomo en el hoyo tres. Llevas un récord de 15 bajo par, no es tu mejor juego, pero tus acompañantes van igual. Muerdes un pedazo de chicharrón de *rib eye* con guacamole mientras el empresario le pide al *caddie* que destape la botella de Macallan 1939 que te trajo de regalo. Notas de reajo que el muchacho moreno tiene unas nalgas respingadas y unos pantalones blancos y apretados que hacen resaltar más su “paquete”. De una hielera saca dos esferas de hielo en forma de pelota de golf. Te las sirve en la copa troncocónica y luego la baña con el oro líquido del whisky. Bebes, la frescura invade tu garganta. De

Guía Ka Na



tu frente resbala una gota de sudor. El *caddie* inmediatamente se acerca a secarte con una toallita blanca. Cuando le preguntas su nombre, te responde que se llama Ganímedes. Luego te colocas junto al tee para ubicar el banderín del hoyo. Calculas unos 30 o 40 metros. Con tono de conocedor le pides al *caddie*:

–Ganímedes, échame un palo ligero–. Cuando ves las caras contraídas por la risa contenida, comprendes de inmediato el doble sentido.

–Caramba, no es albur, hasta parece que estamos en San Andrés, Texas– dices, y entonces sí se sueltan a reír como idiotas.

Te acomodas en posición de tiro. Erguido pero relajado, como dicen los expertos, formando una “Y griega” con tus brazos y el palo. Giras lentamente tu cuerpo hacia la derecha y echas hacia atrás el hombro derecho hasta que el palo sube paralelo al suelo. Flexionas tu pierna izquierda, «¿Protesta guardar y hacer guardar la Constitución?», tienes la misma sensación que ante el congreso. «Sí, protesto», y luego dejas caer el golpe con fuerza y dirección. Desafortunadamente la bola se va rodando lejos del green para atascarse en una trampa de arena. ¡Carajo!

–Por lo menos no cayó en el lago– dice el empresario como disculpando el tiro.

–Ni le pegó a un pato, como el tarado de Felipe que mató uno en el club de Tabachines– comenta el coordinador del senado con su Cohiba en la mano.

–Debe haber creído que estaba jugando al tiro al blanco en la feria, en eso se le fue el sexenio– remata el obispo y todos sueltan la carcajada.

Te ríes sin ganas, quisieras mentarles la madre. Sin que lo noten tratas de hacer las respiraciones que te enseñó el maestro de yoga de Angie. Estos últimos meses las has tenido que hacer muchas veces. Por las marchas de la prole, por los periodistas pendejos que hacen chistes a tus costillas, por los estúpidos intelectuales que saludan con la izquierda y cobran con la derecha, por las pinches organizaciones extranjeras que quieren intervenir en la política nacional, en fin, te das cuenta que éste es un país de inconformes y malagradecidos. Te gustaría aplastarlos a todos. Ya llegará su momento. Pero a ti no te gusta decir groserías ni mostrar expresiones de cólera en público. Sabes controlar las emociones y mantenerte por encima de las pasiones, como decía Díaz Ordaz, uno de tus predecesores que puedes citar casi de memoria: “La injuria no me ofende; la calumnia no me llega, el odio no ha nacido en mí.”

En el hoyo seis te alcanzó el embajador Wain, pero en el hoyo ocho te despegaste nuevamente de él. Entre los whiskys, botanas y chismes de política ya llevan más de cuatro horas. Tu agenda de trabajo apenas te permite distraerte y por eso decidieron terminar la “cascarita” de golf en este hoyo para irse a comer con los del Consejo Empresarial. Estás solo con tu caddie en el green del hoyo nueve. Es el tiro decisivo. Tus compañeros de juego permanecen en una carpa próxima, bebiendo y charlando, como en un clima de fiesta. Respiras a tus anchas. Te gusta esa soledad. Ahí puedes pensar sin tantas distracciones, sin falsas porras y sin las protestas que últimamente te persiguen por donde quiera. Te quitas el guante para tener una mayor sensibilidad. Arrancas una brizna de hierba y la arrojas al aire para verificar el rumbo y la fuerza del viento. Dejas que el caddie elija el palo por ti. De cualquier manera te sientes predestinado a ganar siempre. Ya una vidente de tu pueblo lo había pronosticado hace más de setenta años. Tú lo supiste desde la adolescencia cuando tu mamá te dijo que podías ser un agente del cambio. Cuando te diste cuenta que era necesario transformar este país de indios folklóricos por uno moderno y progresista, y tú ibas a reescribir la Historia aunque tuvieras que enfrentarte contra las fuerzas más retrógra-

das. Tienes hambre de triunfo. Tomas el palo suavemente con las dos manos. Lo elevas con elegancia y justo en el momento del *swing* sientes el llamado del espíritu, como decían en la congregación que frecuentabas, que se siente el llamado de Dios.

–¡Justicia para Ayotzinapa!– grita un adolescente saliendo de entre los árboles.

Le pegas al pasto sin siquiera rozar la bola. De inmediato aparecen varios agentes del Estado Mayor que taclean al muchacho. En menos de un minuto lo patean, lo levantan en vilo y se lo llevan lejos de tu vista.

–Perdone, señor presidente, ese pendejo se saltó la barda del campo–.

Tienes el palo fuertemente agarrado con la derecha como si pensaras golpear a alguien. Tu rostro está demudado. No sabes qué decir. Tus acompañantes permanecen callados, como si les hubieran anunciado que se acabó la fiesta.

–Lo vamos a mandar al penal de alta seguridad, señor presidente– remata uno de los oficiales del Estado Mayor.

Tú, que no dices groserías en público porque te gusta cuidar tu imagen, avientas el palo y empiezas a patalear como cuando eras un chiquillo:

–¡Chínguenselo, chínguenselo, chínguenselo!– repites fuera de ti.

Tus acompañantes te miran apenados. El caddie agacha la cabeza. El agente del Estado Mayor te hace el saludo militar. En el fondo lamentas que ya no esté tu mamá porque es la única persona que podría calmarte en este momento.



EL DÍA DE MAÑANA

Profra. Heriberta Sandoval Amaro¹

*Las palabras son armas mortales.
Te hieren, te lastiman, también dan alegría,
felicidad, satisfacciones.*

KARLA NAYLOR
(Estudiante de bachillerato tecnológico. 2017)

Hoy es un día de esos en los que la planeación de la clase sale sobrando. El ambiente en el aula va a la deriva. Por un lado, el entusiasmo de todos ante el inicio de los ensayos del vals, con el que se despedirán las alumnas y los alumnos de sexto grado y, con ello, la asignación de parejas para bailar, que incluirá a los integrantes de los cuatro grupos. Así que la atmósfera no se presta para trabajar ángulos, cuidado del medio ambiente, cordilleras de América y mucho menos el futuro perfecto, ¿existirá?

Por otro lado, nos enteramos que Jonathan y su hermanito Sergio de nueve años, volvieron a la casa de doña Luisa, su abuelita paterna. ¿Cómo es que todos estamos enterados? Resulta que la premisa inicial del curso “lo que pasa en el salón, en el salón se queda”, nos ha permitido cierta intimidad-complicidad entre quienes convivimos aquí a diario durante la jornada escolar, y con ello hemos llegado a conocernos y hemos podido compartir las alegrías y momentos aciagos de nuestras vidas.

Sí, también mis alumnos me han visto llorar por enojo, impotencia, tristeza, alegría y, conocen mis otras lágrimas, esas cuando ya no puedo más

¹ **Profra. Heriberta Sandoval Amaro.** Maestra de primaria jubilada, egresada de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros. Licenciada en educación por la Universidad Pedagógica Nacional 097 Sur, Ciudad de México. Con 34 años de servicio en la SEP, frente a grupo, 13 años en atención a 18 grupos del Servicio Escolarizado Acelerado de Primaria (SEAP 9-14).

por la risa que me provocan sus ocurrencias. De quienes integran el grupo, conocemos sus palabrotas, berrinches, desatinos, desánimos, pero también el brillo de sus ojos, los saltos y los bailes, las rudas palmadas en la espalda, cuando de contento, no caben en sí.

Pues hoy por la mañana, nos cuenta Jonathan, su mamá con quien vivían él y Sergio, los subió a un taxi y les aventó una sábana hecha maleta con la ropa de ambos, y los devolvió a la casa de doña Luisa, sin explicaciones ni sentimentalismos -esta nota es mía-, Jonathan sólo nos dijo "cerró la puerta del taxi y se metió con su amiga La China, a la pulquería. Sergio solo balbuceó "como siempre".

El silencio se hizo en el grupo, uno, dos, tres, cuatro segundos. Hasta que, una vez más El lobo, digo, Rogelio, sonrisa desenfundada en boca y ojos, disparó "¿qué vamos a hacer mestra?" y...todos lo abuchearon.

La maestra, o sea yo, con gesto delicado, hizo a un lado el avance programático, ese pinshi documento dolor de cabeza, medio de coerción, indicador del buen maestro, evidencia de mentirillas flagrantes, simulación en contubernio, bueno para nada..., y decidí llenar los cuarenta minutos, antes del ensayo, con una actividad light, para adelgazar el ambiente, y les pedí escribir un texto, -¿de cuántos renglones?-, -los que quieran pero que pasen de cuatro. Total, sólo era para que obtuvieran un diez en tinta roja, mal trazado pero con pericia, que a todos dejaría muy satisfechos, y con la certeza de que en este grupo extraedad, de niñas y niños adolescentes casi todos, los fines de la educación marchaban como un sol entre céfiros y trinos.

Así decidí que escribieran una prospectiva de lo que sería su vida al cabo de diez años. Nada desdeñable este texto autobiográfico a futuro, así en frío, con la impericia y sin sospechar siquiera que pudieran haber sido explorados los conocimientos previos de estos escritores en ciernes, sin preguntas o ideas generadoras, lectura previa de algún texto similar o el interés genuino de las chicas y los chicos. La respuesta no se hizo esperar, El calabacito, El chiquilín, Carolina, Adriana y hasta Lulú que nunca decía nada, vociferaron un reclamo a Rogelio.

Pero la autoridad se impone, si no para qué tengo la silla más grande; y magnánima les di la gracia de diez minutos para cumplir con la actividad,

escribir en su cuaderno con forro de hule cristal y papel lustre negro ¡qué elegante!, de cuadro chico, sin saltar renglón, con tinta negra, punto mediano, letra pequeña, respetando el trazo correcto de las letras altas y bajas. Y empezaron.

Mientras tanto, yo también escribía, a dos columnas como siempre (esto aún no se lo comento a mi terapeuta). En una puse una impecable lista de pendientes por hacer y entregar a la dirección: fotos para el certificado, calificaciones del último periodo, estadísticas, inventario del salón, libros y listado de la Biblioteca de aula y el informe del trabajo realizado con el grupo. En la otra lista, enumeraba yo los faltantes de la despensa familiar que era urgente surtir esta misma tarde al salir del segundo turno, si no ¿a qué horas?

Cuando terminaba de escribir "pan blanco para los sándwiches", percibí un susurro en la oreja derecha. Era Bety que me decía "ya terminé". Tomé el cuaderno y leí su breve texto en el que encontré sus aspiraciones de ser enfermera, como su tía, y trabajar en el Seguro. Otros se acercaron y se hizo la fila, leí uno a uno sus trabajos y cuando la mayoría hubo terminado, Rogelio ordenó "ahora vamos a leer lo que escribimos", y pidió el primer turno. En su texto, nos contaba que en diez años sería más galán y simpático, trabajaría en la fábrica de refrescos Mundet como su papá y tendría una moto bien chida en la que iba a pasear a sus chavas. Aplausos y risas. Se formó un ambiente festivo en el que se sintieron seguros, y cosa rara, todos quisieron leer su texto. El último fue Jonathan quien, con seriedad inusual, empezó:

EL DIA DE MAÑANA

*El Dia de mañana yo estare sentado en una mesedora
pensando que yo soy un estorvo para mis hijos
para mis nietos y para mis nueras... esque ellos no saben
lo que yo siento en el alma cuando me despresian
cuando me dicen quitate biejo asqueroso i siento
que llano me quieren porque soi un simple biejo
que lla no puede caminar ni comer solo mi futuro
se ba como el agua las horas se me ban
como los minutos y los minutos se me ban como
os segundos yese es mi futuro.*

FIN

El silencio se instaló en nuestro salón de clases. El texto de Jonathan nos dejó mudos, expectantes, dubitativos, impactados, proyectados a esa “mesedora” estorbosa viendo pasar el tiempo...hasta que El lobo comenzó a aplaudir y fue a palmear la espalda de Jonathan, a quien le reconocía con un “¡te la rifaste!”, volteó a ver a todos y les dijo “aunque yo siempre voy a ser guapo y con mi locioncita”, fue abucheado mientras las miradas caían sobre Jonathan.

Salté a escena, retomé el texto de Jonathan y les incité a que expresaran lo que sintieron al escuchar sus palabras escritas y, aquello fue una feria de participaciones, opiniones, disensiones y acuerdos. Se habló de los abuelitos en casa, en las caricaturas, las películas y de todos los conocimientos que tienen, pero también de su ternura o de lo amargados que llegan a ser algunos que los han hecho sufrir.

Esa fue la oportunidad para yo aprendiera que la escritura era mi aliada, me permitía detonar no sólo la discusión acerca del contenido del texto, sino que además nos llevaba a develar emociones, paradigmas, valores, y ponerlos sobre la mesa para que, entre todos, pudiéramos darnos cuenta de lo importante que es hacer hablar al papel y al corazón.

